

## -- SANDWICH --

Cinco minutos después de haber asesinado a mi padre me entró un hambre voraz.

No había probado bocado desde muy pronto por la mañana y lo que desayuné fue escaso. Al mediodía no pude comer nada, nervioso como estaba por tener el poder de cambiar el ritmo de estos días, la vuelta de mis hermanos una vez se enterasen de su muerte, los planes de personas que hacía tiempo no le veían y se sentirían en la obligación de ir a su entierro aunque dejaron de quererlo como amigo hace tiempo, ver de nuevo a mi madre después de varios años sin saber nada de ella.

Sabía que la nevera estaba llena, ya que Camila, la mujer que lo cuidaba hasta hoy, fue ayer al supermercado y me comentó que había comprado cosas que me gustaban. Aguacate, queso de cabra, nueces, lechuga, alimentos que detestaba mi padre y que yo amo con locura.

Encontré pan integral de molde familiar en la despensa, y sonreí con la palabra en rojo explosivo que bailaba en el diseño del packaging: Familiar. La vida a veces es sencillamente poética.

Puse la radio como hago habitualmente en casa mientras cocino, miré la hora en el triste reloj algo vintage y parado hacía meses y recordé con algo de nostalgia cuando mi padre era un padre, era realmente mi padre. La memoria es un lienzo donde dar color a lo sentido, cada uno recuerda a su manera o inventa con estilo algo ya disuelto, e intentamos con esmero volver a notar su peso, el grosor de momentos felices, la densidad de muchas tristezas. Yo mis recuerdos los voy modificando a mi antojo. Y este que me acababa de venir lo pervertí para que no doliera tanto, disfrazándolo del amor de un padre a un hijo, dibujando un abrazo sobre un césped crecido y olor a verano, entre risas y música francesa.

De la nevera extraje todo lo necesario para disfrutar de un buen sandwich y me puse manos a la obra. Cortar los tomates, el aguacate, el queso. Limpiar la lechuga con esmero, tostar el pan. Me apetecía enormemente hacer un huevo frito que pondría at the top, todo ello con mayonesa, unas gotas de buen aceite de oliva, nueces en trocitos. Mientras iba elaborando mi merienda-cena tarareaba la canción que ahora sonaba en la radio, un clásico contemporáneo de la Velvet Underground. Puse el mantel bueno en la mesa del salón, desde donde pudiera ver a mi padre, muerto en el sillón. Estaba en una posición algo extraña debido al veneno, supongo, a la reacción que tuvo antes de que el corazón le dijera: - ¡Bye bye y hasta otro ratito!

El contacto que me pasó esta mágica pócima me comentó, con la seriedad de un gran profesional, que con este líquido la muerte llega radical, sin apenas tiempo de pensar en nada, como un flash de una cámara; un paro cardíaco fulminante. Es por ello por lo que desembolsé parte de mis ahorros, porque tampoco quería que mi padre sufriera más de lo que ha sufrido todos estos años, abandonado a un silencio y a una dejadez que arrastró consigo la palabra “familiar”, la palabra “sinceridad”, la palabra “honradez” e hizo que maquilláramos nuestra vida, entregados también a silencios totalmente innecesarios, a sonrisas demasiado teatrales, escondiendo la palabra “egoísmo” en su cartera, donde billetes que no eran suyos pagaban ebriedades y esperas.

La mesa ya está puesta, me duele la barriga del hambre que tengo. Escojo los mejores cubiertos, la copa que nunca se usaba y el vino malo que le gustaba a mi padre. El sandwich tiene una pinta excepcional y lo como disfruto como nunca. Saboreo con los ojos cerrados la perfecta mezcla de sabores, me dejo llevar por este extremo y sencillo placer y brindo por lo fácil que es a veces cambiar el curso de nuestra historia.

Mañana será otro día, haremos como que lloramos. Cuando vea de nuevo a Camila me sabrá muy mal haberla dejado sin trabajo.